

HISTORIA DEL GRUPO - IV

Marcel Légaut
(Lioux, Vaucluse, julio 1962)

5. DE 1933 A 1940

Es la parte más difícil y por eso espero tener la lengua lo bastante suelta como para deciros todo lo que os tengo que decir, y estar lo bastante cerca de mí mismo como para no deciros más de lo que os tengo que decir. Sólo os diré cosas verdaderas, eso sí. Pero, indudablemente, no puedo decíroslo todo porque no sólo se trata de mí.

1. Voy a dividir esta sección en dos, en dos direcciones que están íntimamente compenetradas: mi crisis personal y el declive del grupo.

Empezaré por el declive del grupo. Estos aspectos están íntimamente ligados y mezclados: mi crisis personal afectó al declive del grupo y el declive del grupo alimentó mi crisis personal, no hay duda. Empezaré por lo más externo: el declive del grupo. ¿Cuáles fueron las causas por las que este grupo, en plena vitalidad hasta 1933, fue perdiendo paulatinamente su vitalidad espiritual?

Una primera causa, inmediata y por completo visible, fue el número. Cada vez éramos más y nuestro reclutamiento exigía mayor homogeneidad. Actualmente diría que lo sociológico llevaba el agua a nuestro molino, pero, en ciertos aspectos, los camaradas que llegaban se parecían cada vez menos a cómo éramos los que empezamos y, por consi-

guiente, tanto por la heterogeneidad del reclutamiento como por el número, había un lastre que pesaba sobre los destinos del grupo. Era algo fatal, que se da en todos los grupos, incluso en los más vivos.

Segunda causa: las nuevas cuestiones que planteaban las familias. Mientras se reúne gente soltera de un sólo sexo – por ejemplo, chicos–, no hay demasiadas dificultades y si las hubiera serían poco importantes si se las compara con las que aparecen cuando se reúnen solteros de ambos sexos. Pero tampoco esto causó grandes dificultades: todos los posibles escándalos y todas las historias a las que esto hubiera podido dar lugar no se llegaron a plantear, antes al contrario, en un entorno real y vitalmente religioso. Conocimos un clima tan sano que su salud hubiera hecho dudar del pecado original si esto hubiera sido realmente útil. Sin embargo, cuando aparecen las familias, las cosas empiezan a complicarse un poco porque la familia necesita una autonomía que los jóvenes no conocen y que, en cierto sentido, tienden a rechazar. Cuando un chico de nuestro grupo encontraba a una chica también del grupo, se juntaban y, al principio, creían que, irremediablemente, continuarían formando parte del grupo como cuando eran célibes. Pero lo cierto es que esto no era verdad. Sin embargo, hay que experimentarlo y de ahí vino la crisis. Crisis que puso de manifiesto, por un lado, la necesidad de encontrar una solución y, por otro, todas las vacilaciones que hacían que los mejores de entre nosotros, al casarse, quizá no se casaban con el espíritu apropiado porque, en definitiva, se casaban como se asocian dos célibes...

Dificultades, por tanto, del lado de las familias que, evidentemente, aumentaban cuando aparecían los hijos porque no es fácil que los niños vivan en una comunidad. De ahí las ausencias necesarias, la discontinuidad de las presencias, el espaciamiento de los contactos y, en fin, todo tipo de elemen-

tos que era imposible que conociéramos de antemano porque sólo éramos un grupo de célibes y porque, en aquel momento, el espaciamento en los contactos era la manifestación de un relajamiento en el gusto por lo espiritual.

Por otra parte, aumentaba la edad media del grupo. Cuando se es joven, se tiene una curiosidad intelectual real, yo diría incluso que es más que curiosidad... es casi una avidez intelectual. Pero esto se acaba bastante pronto. El grupo, pues, era menos intelectual que al comienzo. Como gran parte de nuestra actividad religiosa estaba centrada en la espiritualidad religiosa, pues bien, los topos... seguíamos haciéndolos, claro está; si no hubiéramos hecho topos, ¿qué hubiéramos hecho en Chadefaud y en Scourdois?... Pero indudablemente los hacíamos porque siempre los habíamos hecho. No los hubiéramos hecho si hubiéramos empezado en el nivel en que estábamos en ese momento. Así que los topos eran cada vez menos interesantes.

El resultado, por una evolución que fue normal, fue: la edad media que aumenta, la presencia de las chicas, las familias, los niños y un interés menos vital por las cuestiones intelectuales. El grupo se humanizaba; cada vez era menos monacal y cada vez era más parroquial, tomando el término «parroquial» no en el sentido corriente de la palabra (lo cual hubiera sido una verdadera catástrofe) sino en el sentido de que vivíamos juntos no como monjes sino porque nos encontrábamos a un nivel en el que la amistad es muy importante, cada vez más importante, y porque la amistad ayuda y compensa, ampliamente, el interés propiamente religioso que podíamos haber tenido al inicio y que ahora ya no teníamos.

2. Otra razón, delicada de decir pero que en todo caso debo decir porque, después de todo, ya no os hablaré más de ello, fue que, hasta el momento, había conseguido que el grupo no tuviera un capellán. Era yo quien escogía los sacerdotes que venían al grupo: el *abbé* Escudier, el *abbé* Bodot y el

abbé Gaudefroy. Gaudefroy en particular porque era especialmente valioso para mí pues él era el capellán del grupo de una manera más o menos oficiosa pero yo tenía plena libertad para hacer lo que quisiera con él presente igual que si no estuviera presente. Por consiguiente, era la situación mejor.

Sin embargo, ejercíamos una influencia considerable sobre el movimiento universitario cuyo capellán era el padre Paris. Y por otro lado, nuestro grupo se encargaba de la posición clave: Saint-Cloud. M. Paris nos apreciaba de verdad porque éramos especialmente vigorosos dentro del movimiento universitario. Entró en el grupo y lo acogimos con mucha alegría porque era muy abierto, al menos en algunos puntos. También lo apreciamos porque nos elogiaba mucho. Se ocupó de nosotros con una discreción real, sobre todo al principio, y se ocupó, poco a poco, del grupo de Saint-Cloud.

Que quede claro que, hasta 1939, yo seguí yendo todos los domingos al grupo de Saint-Cloud. Sin embargo, él fue tomando, paulatinamente, una posición cada vez más clara, más importante, en el grupo de Saint-Cloud, hasta el punto de que, poco a poco, paralelamente a las reuniones que yo continuaba haciendo, él hacía otras donde, evidentemente, no tenía ningún interés de que yo estuviera. Poco a poco, el grupo de Saint-Cloud se fue desprendiendo de mí con una suavidad extrema, sin ruido, sin ningún tipo de dificultad pero de forma indudable. Y, cuando M. Paris invitaba a los Normaliens de Saint-Cloud a casa de Mille Poucet en París, para tal reunión o para tal almuerzo en común, todo se fue deslizado por una pendiente insensible hacia señalar que, en definitiva, el grupo de Saint-Cloud tenía un capellán que nunca fue un capellán, hasta que me censuró y hasta que, poco a poco, me suplantó, dicho así, sencilla y llanamente, pues no veo inconveniente en decirlo.

Evidentemente, todo esto pesó también un poco en los destinos del grupo. Y en ciertos momentos también en

Scourdois, porque el abbé Paris introducía ciertas reformas en la liturgia, ciertas formas de meditación y así sucesivamente... Hubo, en fin, algunos roces entre él y yo. Me acuerdo que, un día (un día en que quizá fui demasiado lejos), él me dijo: « — Nunca un laico se ha atrevido a hablarme así». Esto es importante, ¿no? No hay que repetirlo pero, en fin, ya que os hablo de cosas verdaderas, para comprender bien el fondo de las cosas, hay que vaciar la bolsa.

Con esto, he terminado el declive del grupo. Ahora llego a mi crisis personal.

3. Os dije que había dos fuentes: la fuente exterior fue, evidentemente, la evolución del grupo. Sin duda comprendéis, puesto que conocéis un poco la orientación de mi pasado, que la forma hacia la que el grupo evolucionaba no estaba del todo en mi línea. Yo conservaba, en medio de vosotros, una vida extremadamente activa pero es evidente que la presencia de las familias, las preocupaciones de las familias, las preocupaciones yo diría que «humanas», como por ejemplo el hecho de las excursiones, las sesiones de baile, en fin, todo eso, de una u otra forma, no estaban del todo en la línea de lo que yo había soñado.

Por otra parte, mi soledad, después de la marcha de Perret, fue muy grande. ¿Por qué? Por varias razones. Hubo una primera razón: la marcha de Perret. Es difícil que os podáis hacer idea de lo íntima que fue la colaboración que viví con Perret durante siete años. Yo, que era científico, que no sabía poner dos palabras una detrás de otra para escribir algo, recibí de Perret, no diré el carisma de lo literario, pues eso sería excesivo, pero sí, en fin, la posibilidad de escribir, de hablar, de organizar un pensamiento, cosa que antes desconocía por completo. Y yo, ciertamente, di también a Perret un rigor de pensamiento, una posibilidad de discusión que él, ciertamente, tenía en potencia pero que, evidentemente, sus estudios literarios no le habían ayudado a cultivar. Por lo

tanto había, entre nosotros, una colaboración de una intimidad extraordinaria y esto es lo que originó, en gran medida, la extraordinaria (sí, creo que puedo usar esta palabra) la extraordinaria no sólo fecundidad sino también prolijidad de textos que pudimos llegar a hacer juntos. Sin duda he conservado el prototipo de todas aquellas meditaciones y tengo una pila así de prototipos. Creo que batí a Bérulle.

Para explicaros bien la mentalidad que tenía en la época del matrimonio de Perret y de su marcha a Montpellier, os voy a mencionar algunos hechos. Cuando yo estaba en la Escuela Normal como agregado-preparador y M. Portal me animaba a fundar un equipo, yo le decía: «— Pero Padre, nunca podré aguantar yo solo». Y es verdad, yo no concebía la posibilidad de vivir solo mi ideal a la vez monástico y científico. En *Plegarias de un creyente* encontraréis ecos de esto porque contiene muchas meditaciones que son como los ecos de las manifestaciones, un poco despersonalizadas, de las inquietudes y de las aspiraciones que podía sentir entonces. Esto se ve especialmente en «Los discípulos de Emaús». Era una de nuestras meditaciones habituales porque justo los discípulos de Emaús eran dos seres que buscaban su camino y que lo buscaban, lo encontraban y lo realizaban juntos. El caso es que, algunos días después de haber hablado con M. Portal de esta cuestión, fue cuando Dubreuil me escribió a Évreux: «— Te he comprendido en tus meditaciones y voy a acompañarte». Esto fue, para mí, una señal. En aquella época quizá todavía creía en las señales... En fin, quizá fue realmente una señal de que debía continuar por aquella vía en la que, desgraciadamente, no había nadie más que yo en aquél momento.

4. Poco a poco, indudablemente, fui sintiendo que la gente se iba apartando, porque, en definitiva, Dubreuil se fue, Martel falleció (hay otra meditación en *Plegarias de un creyente* que manifiesta un poco mis sentimientos —lo podéis comprobar— es la plegaria que hace Simeón en «La alegría de

Simeón»). He aquí algo en lo que yo hubiera podido captar una indicación de los sentimientos de soledad que ya me trabajaban porque, en fin, éramos dos en aquél momento, Perret y yo. Pues, en fin, los dos sentíamos que el ideal que ambos compartíamos (y que se manifestaba a través de nosotros y de lo que hacíamos) no tenía, en el corazón de quienes estaban más cerca, el eco que hubiéramos podido desear. En «La alegría de Simeón», al principio, dice Simeón: « — Partí junto con muchos y, poco a poco, me fui encontrando solo»... etc.

5. Hay otra cosa que estaba subyacente pero más escondida y que es más difícil de decir pero que es muy real. Yo era un chico singular; pude conocer, hacia los 14-15 años, en el momento del desarrollo sentimental, las dificultades de la pubertad y, durante un tiempo, puede que esto me envenenara un poco. Mis primeros retiros exorcizaron completamente, por así decir, este campo, y os tengo que reconocer, humildemente, que, durante diez años, hasta 1930-1931, ignoré por completo las cuestiones que muchas veces son espinas clavadas en la carne de la mayoría de los jóvenes. Hasta el punto de que —os voy a decir algo muy sencillo— yo no sabía lo que era un acto sexual. Lo digo para que veáis hasta qué punto era profunda mi falta de preparación en este terreno. Cuando se descubre esto a los 20 años no es grave, pero cuanto más se tarda, más grave es. El matrimonio de Perret fue, para mí, la ocasión de esta explosión.

Después, por otra parte, acordaos de que, durante mi servicio militar en Grenoble, cuando yo tenía 22-23 años, me había conmovido un poco la presencia de la familia de Chevalier. Por consiguiente, si, en ciertos aspectos, yo no estaba nada preparado para la vida humana clásica, ordinaria, normal y general, por otra parte, había ciertos aspectos que se correspondían con ello y que lo preparaban. Aparte de que, evidentemente, el contacto frecuente con las familias del grupo me daba ocasión para despertar a esta cuestión.

Todo esto formaba un conjunto complejo y perdí mi equilibrio profundamente. Pero nunca lo perdí por completo. Sólo hasta el punto de que, cuando uno está a punto de perderlo, se vuelve a recuperar. Hubo pues todo un período – ahora os tengo que hablar de algo un poco difícil– en que traté de encontrar, en algunas amistades femeninas, un equilibrio sentimental y una colaboración intelectual parecidas a lo que antes había podido encontrar con Perret. No puedo menos que estar agradecido a las jóvenes con las que tuve esta colaboración y esta tentativa, yo diría, de unión sentimental. Todo se hizo con honor y ¡Dios mío! si unos y otros sufrimos, la verdad es que creo, sin poder asegurarlo demasiado pues, en definitiva, cuando algo así termina, hay un alejamiento cuyo efecto es ya no conocerse... pero, bueno, creo que, tanto para unos como para otros, lo sucedido fue, en definitiva y después de un tiempo –si queréis– de maduración y de incubación, una verdadera gracia espiritual. Os voy a decir sus nombres porque sabéis quiénes son y, por otra parte, no hay nada de lo que os diga que pueda inquietarlas o inquietarme a mí. Se trata de N., que era soltera, Mme R. y Simone T. Cada vez, yo chocaba con una dificultad fundamental y es que, en definitiva, toda amistad espiritual tiende a convertirse en una amistad... tiende, poco a poco, hacia el matrimonio. Ahora bien, yo no quería en absoluto un matrimonio. Por varias razones. La primera y la más íntima: hasta ese tiempo, a decir verdad, consideraba que mi fidelidad interior exigía el celibato. Había partido por ese camino desde el comienzo; un comienzo bastante facilitado por mi falta de formación sexual si queréis; pero consideraba que estaba destinado al celibato.

La segunda razón es que sentía muy bien que, si me casaba, el grupo llevaría terriblemente mal las consecuencias y muchos no aceptarían mi matrimonio. Una de ellas me dijo una vez: « — No quiero tomar para mí lo que pertenece a todos». Por lo tanto ya había, tanto de cara al grupo como de

cara a mí mismo, dos imposibilidades radicales para el matrimonio. Pero mirad, yo creo posible una amistad espiritual cuando todo está bien en su sitio por la maduración, por el ahondamiento, por la superación. Pongamos por caso que una amistad espiritual como la que nos gustaba evocar entonces (la de san Francisco de Sales con santa Chantal) fuese algo perfectamente logrado, cosa de la que no estoy del todo convencido porque, en definitiva, nunca se sabe la verdad en este terreno... Pero, en fin, pongamos que esto puede existir en el caso en el que la gente llega a una madurez espiritual y humana suficiente como para que la superación sea posible y la estabilidad pueda darse propiamente en el plano espiritual. Indudablemente, cuando estas condiciones no se dan, es imposible. ¿Entonces? Pues bien, cada vez había que separarse porque, en definitiva, las salidas estaban bloqueadas.

6. Dado mi candor juvenil, no supe que, en mi entorno, se hablaba de esto. Soy un hombre cándido y sencillo y, por tanto, ignoraba todas las conversaciones que, durante bastante tiempo, animaron los cotilleos que podían darse entre hombres y mujeres y, en especial, entre mujeres. Reconozco que más tarde, mucho más tarde, incluso después de la guerra, me vinieron algunas preguntas, a la vez precisas y vagas, que me hicieron comprender todo lo que se había podido conjeturar, imaginar, suponer y cotejar acerca de aquellas amistades femeninas. Sin duda esto estuvo en el origen de no pocas defecciones del grupo y por ahí podéis ver cómo mi crisis personal, a la que le influía el declive del grupo, a la vez contribuía a la crisis del mismo. Y por deciros las cosas llanamente, hacia el final, M. Paris, es decir, hacia el 38-39, sea porque hubiera recibido algunas confidencias o sea por otras razones, se mostraba cada vez más reservado y, poco a poco, iba aumentando su presión sobre el grupo; de tal modo que yo creo que, si la guerra no hubiera sobrevenido, de una u otra forma, en un u otro momento, hubiera habido algunas rupturas reales.



Un accueil de grands groupes mixtes possible à Chadefaud.



Pierre Voirin, le pere d'Ouinca et Marcel Légaut à Chadefaud-Scourdois.

7. En fin, no me ha salido mal del todo esto de hablaros de todo lo que acabo de deciros. Para que os deis cuenta mejor de este estado de ánimo mío, vivido en los ámbitos que os acabo de exponer, os voy a leer dos cartas escritas por mí al padre Racine en aquella época. No soy bibliófilo ni soy muy conservador; de ahí que he quemado todas las cartas que recibí (tenía un buen montón). Pero he conservado copia de algunas cartas que escribí en ciertos momentos bastante cardinales de mi existencia y ¡Dios mío! no me arrepiento de haberlas conservado porque, cuando las releo después de diez, quince o veinte años, encuentro en ellas las raíces de lo que vino después. De suerte que puede verse cómo una vida, lentamente, se va construyendo a partir de elementos que al comienzo parecían independientes.

La primera carta es del 4 de noviembre 1936. Creo que tiene verdadero interés y por eso os la voy a leer.

Vengo a presentarle un balance. Llega el momento en que mi vida va a dar un giro. Creo que muchas de las realizaciones en las que he trabajado se han cumplido: de ahora en adelante, la casa de París está en manos de dos familias, los Voirin y los Haumesser. Voirin es maestro, antiguo alumno de St. Cloud, igual que su mujer. Haumesser, también antiguo alumno de St. Cloud, accedió a la agregación en ciencias naturales y es profesor en Janson-de-Sailly y su mujer es antigua alumna de Fontainais. En la actualidad, los Voirin viven solos en la casa. En junio de 1936 (por finalizar el contrato de alquiler) proyectamos alquilar una casa más grande, donde cohabitaran dos familias (es el anuncio de la calle Léo Delibes). ¡Nunca fue tan fraternal la casa de París! Paso allí los sábados y los domingos. Los jueves hemos retomado nuestro ritmo: trabajo material en común, meditación y exposición (*salut*) por el abbé Gaudefroy. Las reuniones de los domingos continúan con regularidad. Sólo hay un punto negro: el reclutamiento masculino está por debajo del femenino. Saint-Cloud sigue yendo muy bien. En cambio, el grupo de Auteuil se limita a sus reuniones de los jueves y no participa en la actividad de la casa prácticamente.

Me esfuerzo con éxito suficiente en tener estudiantes. Actualmente residimos en el chalet unos doce. El hecho de ver lo bien que va

París produce satisfacción. Mi estancia en Rennes, el año pasado, me permitió regularizar mi vida, interiorizarla y hacerla más eficazmente laboriosa; así voy a continuar.

Un segundo logro, muy importante para mí, es la finalización de mi segundo libro: *La condición cristiana*. Creo que Grasset lo publicará en enero. Esto es muy importante para mí. Por ahí, más que por el grupo, es por donde me siento llamado a dar fruto. El grupo ya no es, para mí, lo que fue en un tiempo: una comunidad que me ayudaba a vivir y una colaboración intelectual. Desde que se fue Perret, y debido a la fundación de familias (por otro lado muy exitosas pero que tienen su cadencia propia), me siento llamado a superar el grupo, tal como tuve que superar el afecto que sentía por Perret, de manera que ya no me apoye ni en uno ni en otro para vivir. Ésta ha sido una de las partes más dolorosas de mi vida. Escribiendo es como encuentro una especie de compañía. Logrando un público es como encuentro la paternidad que necesito. *Plegarias de un creyente* sigue progresando y espero que este nuevo libro siga la misma línea; se ayudarán mutuamente.

Un peligro para mí: el endurecimiento. Lo siento con fuerza. Durante estas vacaciones en Chadefaud, he conocido, por primera vez, una lasitud que rebasaba lo psicológico, un deseo de huir, de seguir un camino solitario, en contacto inmediato con la naturaleza salvaje. Ignoro por completo lo que esto presagia. Literalmente, mi vida es demasiado independiente respecto de los marcos sociales como para conocer estabilidades impuestas desde fuera. Me siento menos disponible interiormente que capaz de vagabundeo y de viaje espiritual pues hay en mí una atracción poderosa, que creo que es mi vocación; pero, en el exterior, hay bien pocas cosas que me lleven a tal o cual forma de vida salvo mi propia cobardía. ¿Quién me impedirá endurecerme? ¿Quién me ayudará a permanecer en el grupo de corazón, y que no se me considere un hombre “superior e impenetrable” sino un hermano? Un no sé qué quizá aparece en el horizonte, la gracia que sería mi salvación. Demasiado impreciso aún, demasiado improbable para que se lo diga.

Como ve, emerjo de un largo período de mi vida que comenzó al ingresar en la Normal. Salgo de estos quince años profundamente marcado, hasta el punto de sentirme extranjero por completo ante mis camaradas de promociones vecinas y también ante mis colegas y amigos. Delante de mí –lo noto–, hay una tarea que cumplir que

supone esta preparación, este desprendimiento de la vida moderna después de haberla atravesado. Literalmente, siento miedo ante esta hora. Y cuando miro alrededor para rehacer una vida más normal, el hiato entre el ideal y la realización me parece que llegaría hasta socavar la noción del deber. Para que esto fuera posible sin repugnancia por mi parte, tendría que volver a nacer y hacerme niño, o tendría que entrar en un retiro en el que nada del pasado me hubiera seguido.

Mi vida, a decir verdad, es una tensión hacia alguna cosa que ignoro, que me parece ser la “obra de Dios” con tal de cercenar, de esta expresión, todo lo que implica de fatalmente extrínseco, de relativo y de semejante a otras obras. Y es cuando capto esto directamente, cuando conozco la presencia de Cristo en mí. Nunca me ha faltado la luz salvo en las horas en que parecía que mis tinieblas tenían que estallar en fracaso y en desastre para desgarrarse. He conocido horas de emoción en que, literalmente, no comprendo lo que pasó en mí; pero el resto del tiempo he sabido lo que tenía que hacer si el tiempo confirma estas perspectivas. Siempre he tenido suficiente fuerza para dirigir el timón hacia el término escogido.

Ésta es mi situación. Se lo escribo, padre, porque sé que me comprende; por eso se lo puedo escribir, y esto no deja de ser un fruto inestimable de lo que nos une. Adiós. Le he hablado mucho de mí pero creo que, sin mencionarlo, también le he hablado mucho de usted.

8. Segunda carta al padre Racine, en marzo de 1937:

Estoy al final del primer acto de mi vida y siempre tengo el temor de que no haya un segundo acto sino un entreacto que nunca se acabe. Sin embargo, surgen en mí fervores que conocí en mis inicios y que siempre han alimentado mis determinaciones e iniciativas. Me es imposible creer que me haya equivocado de camino. Me es imposible creer que tenga que encontrar otro. Los días en que me tienta la depresión, cuando todo se tiñe de rebeldía y de amargura, siempre he tenido instantes en que de nuevo aparece el cielo y puedo ver que la obra de mi vida sólo sufre un cambio aparente, que permanece y que es tanto más preciosa porque, a fuerza de perseverancia, es heredera del pasado y, a fuerza de tenacidad, llega a ser más singular. No es luz lo que me falta, ni siquiera el amor de Cristo sino cierta alegría pri-

mordial, una juventud espiritual que tendría que encontrar de nuevo. Pero llegará.

Lo que caracteriza mi vida, la falta de marcos sociales, la falta de reposo en una afirmación sin negación, la radical insatisfacción hacia lo que me es más querido: la Iglesia, su doctrina, la sociedad, el grupo e incluso los seres más próximos a mí. Esto hace que me sienta solo y sin un apoyo exterior que me ayude a ser fiel aunque pertenezco a la Iglesia, tengo una fe viva y muchos amigos. No sé lo que llegaré a ser más adelante. Sin duda mi vida será larga todavía. Espero que el grupo consolide la realización conseguida sobre las posibilidades de sus principales miembros. En octubre de 1938, nuestras familias van a fundar sin duda la casa que dará estabilidad a los esfuerzos y resultados adquiridos. Pero reconozco que no me creo llamado a seguir esta evolución. No estoy hecho para tener una vida estable. Siempre es peligroso hablar de una forma demasiado precisa del futuro pero, a día de hoy, no pienso entrar en el sacerdocio tal como se concibe actualmente, ni tampoco fundar un hogar. Tampoco pienso consagrar toda mi vida activa a este grupo que cada vez me necesita menos porque, al haberse instalado en la vida, tiene menos esperanza y presenta menos aspiraciones creativas. Entonces, vuelvo a una imagen que antaño me solicitaba terriblemente, la del itinerante, la de alguien que no tiene ataduras, anti-social por su aspecto intensamente humano, al margen de la sociedad constituida porque sólo se dirige a las almas personales, pastor sin rebaño pero al que sus ovejas dispersas reconocen, creyente en Dios y en el hombre, no el asceta enemigo de lo humano sino creyente –lo cual implica más una esperanza que una realización–, más humano que nadie y, sin embargo, por haber juzgado lo humano actual, más creyente que los otros y, sin embargo, habiendo juzgado el cristianismo actual.

Hay un poco de «pathos» en el conjunto pero, después de todo, en momentos así, es difícil no tener un poco de «pathos» pues se es, a la vez, vidente y vibrante.

9. Para terminar esta sección, ¿cuáles fueron los remedios en los que pensamos para luchar contra el declive del grupo? Como la actividad intelectual cada vez generaba menos unidad y fervor, había que introducir una actividad material. Entonces fue cuando yo mismo, pobre tipo abstrac-

to sin ningún contacto previo con el trabajo material, me propuse y os propuse un trabajo digno de los Cartujos más observantes: aquellos que hacen por la mañana lo que des-hacen por la noche. Compramos vellones de lana sucios para ir a lavarlos al río de allí cerca. Luego nos empeñamos en cardarlos a mano. En fin, hicimos este tipo de trabajo para manifestar o para encontrar una actividad material que fuese, por así decir, el sucedáneo o el sustituto de una actividad propiamente espiritual e intelectual.

Fue entonces cuando tuvimos una idea que hubiera sido estupenda de no haber sido por el estallido de la guerra. ¿Habríamos sido capaces de realizarla? Tal vez, después de todo... En fin, ahora es una pregunta abstracta puesto que no la pudimos realizar en su momento. Llegamos a una decisión: teníamos que construir, durante las vacaciones, con nuestras manos pero bajo la dirección de albañiles experimentados y a la vez comprensivos (¡hubieran tenido que ser muy comprensivos!), unas casas que dieran, a nuestras familias, la individualidad e independencia necesarias porque, realmente, una familia necesita de independencia para su constitución personal y para los hijos.

Por tanto, teníamos que comprar una propiedad. Scourdois estaba más o menos en venta y tenía al lado el «llano de las brujas» (*plateau des sorcières*): un terreno que no tenía mucho valor. Hubiéramos podido construir allí pero, al final, hubo muchas dificultades. Con Marguerite Miolane recorrimos el centro de Francia, donde hay muchos *châteaux*. ¡Y cuántos de ellos vimos! ¡Y de todo tipo! El que quedaba más cerca era el castillo de Peyrolles en Arc sur Couze, un *château* magnífico, mucho más grande que éste, aunque este se le acerca bastante. El *abbé* Gaudefroy decía: « — Es demasiado ampuloso para nosotros». Mme Febvre decía: « — Es magnífico porque está al lado de Clermont-Ferrand». En fin, estuve a punto de comprarlo en unas condiciones muy favorables

pero estaba escrito que no tenía que comprarlo: el día en el que me iba a encontrar con la propiedad, me dolía la cabeza, no estaba muy seguro y me decía: « — Después de todo, si voy demasiado deprisa, me pedirá demasiado». No acudí a la cita, llegó la guerra y el castillo se vendió. Y así se convirtió en nuestro «castillo en España» ⁽¹⁾. No cabe duda de que, si aquella tarde hubiera ido a ver a la propietaria tal como ella me pidió (y además, haciéndome un precio muy favorable), yo, que no sabía nada de negocios (y que, como cualquiera que no sabe de negocios siempre piensa que le están robando), hubiera hecho una operación interesante en aquel momento. Pero, probablemente, esto hubiera alterado toda mi vida porque, si fui capaz de cambiar de vida, fue porque, en cierto modo, todo lo que estaba en el pasado se estaba desmoronando, más o menos, a causa de los acontecimientos. Sin duda, un castillo como el de Peyrolles hubiera sido una ocasión, para mí, de permanecer en la enseñanza superior y de buscar, en Clermont-Ferrand, una plaza que me hubiera permitido realizar, de otra manera (pero de una manera, evidentemente, mucho menos real y en ciertos aspectos ficticia) lo que he tratado de realizar hasta ahora, con mi vida de campesino en Les Granges-de-Leschés. *Voilà!*

Y ahora llego ya a la sexta parte, después de 1940.

(1) Expresión francesa para expresar un sueño imposible.